
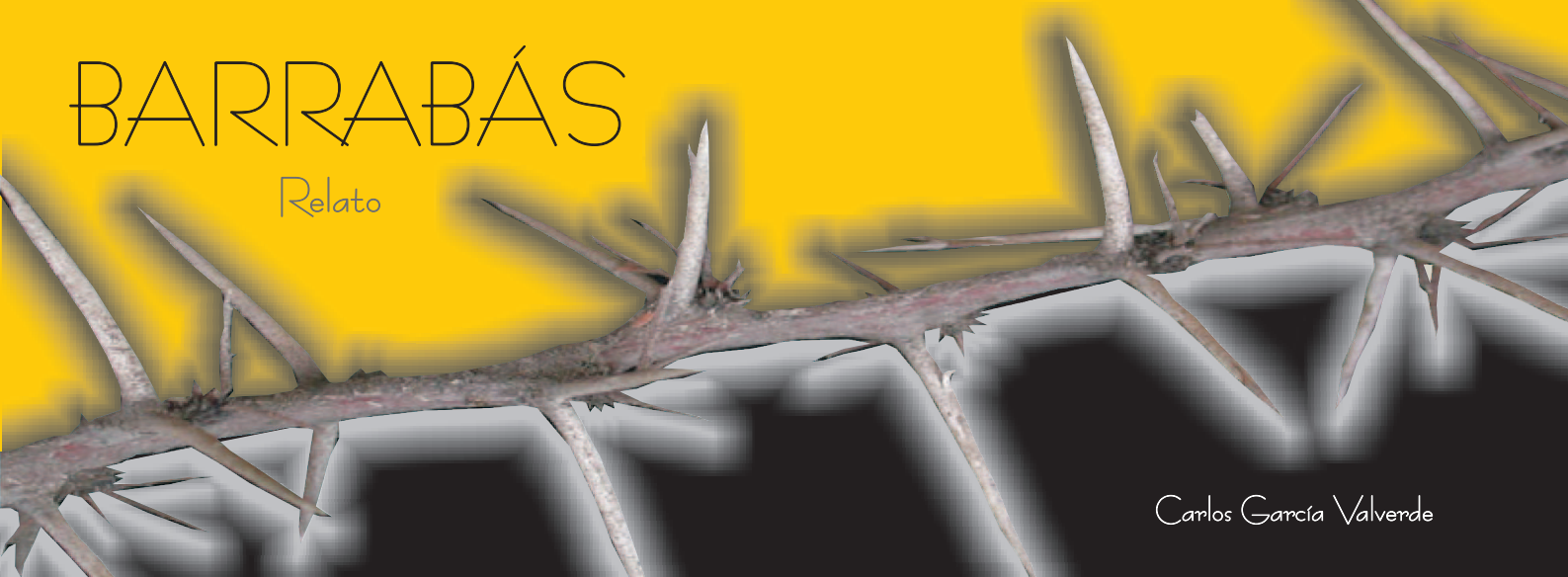


BARRABÁS

Relato

Carlos García Valverde



Le sacaron de la mazmorra a trompicones, sin miramientos y sin dar explicaciones. Ni siquiera le quitaron los grilletes de los tobillos. Instantes más tardes arrastraba sus cadenas por las calles de la ciudad, escoltado por un *contubernium* de legionarios. Hacía bastante que no veía la luz del sol y tenía que mantener los ojos entrecerrados para evitar el deslumbramiento. Poco después se encontraba en el palacio del Pretor, asomado al porche que daba a la plaza, abarrotada ésta por una muchedumbre airada y vociferante. A su lado, frente al populacho, se hallaba un hombre maltrecho y magullado. Había sido azotado, y en su cabeza habían incrustado un casquete trenzado con plantas espinosas que estaba produciéndole numerosas heridas sangrantes. Aquel reo -pues otra cosa no podía ser, en el estado en el que se encontraba- mantenía sin embargo una serenidad y un aplomo difícilmente conciliables con el castigo que había recibido. Poncio Pilato estaba, en esos momentos, cumpliendo con la costumbre judía, por Pascua, de liberar a un convicto, e interrogaba a viva voz a la plebe sobre sus preferencias.

-¿A quién queréis que liberemos, al nazareno o a Barrabás?

Barrabás era un reconocido ladrón y se le imputaba, además, la muerte de un soldado. Aunque no habían podido relacionarle fehacientemente con los Zelotes, se sospechaba que era uno de ellos. Seguramente eso jugaba a su favor: el movimiento Zelote, aunque violento y sanguinario, era apreciado por el pueblo por su oposición a los invasores, por su lucha por la independencia frente a Roma. Así que no era de extrañar que la chusma, enfebrecida, gritara su nombre como beneficiario del indulto.

-¡A Barrabás! ¡Soltad a Barrabás!

El Pretor suspiró resignadamente, asumiendo que había agotado todas las opciones de evitar el sacrificio de aquel hombre inofensivo que se hacía llamar “Rey de los judíos”. En cualquier caso, no quería más problemas con el Sanedrín, así que con un gesto de la mano aceptó complacer a la concurrencia. Mientras le liberaban de sus cadenas, Barrabás miró de nuevo al hombre coronado de espinas. Había oído hablar de él, de los prodigios que muchos decían haberle visto hacer, de sus propósitos de redención del pueblo hebreo. Por un momento, consideró que la misión que aquel nazareno se arrogaba no difería mucho de la emprendida por los Zelotes, aunque era evidente que los medios empleados para su consecución eran radicalmente diferentes. El hijo del carpintero aborrecía las armas, pero su mensaje parecía tener mucha fuerza; incluso algunos presuntos Zelotes, como el llamado Simón y también Judas “el hombre de la sica”¹, se contaban entre sus discípulos.

Con un chasquido metálico, sus grilletes se soltaron, cayendo sobre el enlosado. Se frotó por un instante los doloridos tobillos y saltó apresuradamente del estrado, perdiéndose entre el gentío mientras recibía en la espalda multitud de palmadas de congratulación. Cuando se sintió lo bastante seguro, a suficiente distancia del pretorio, se volvió un momento, a tiempo de ver cómo dos soldados colocaban el *patibulum* sobre la cerviz del nazareno.

Se apartó de la multitud, no sin antes aligerarle la bolsa a un mercader confiado que presenciaba el acto. Con los sestercios sustraídos, corrió a la taberna más próxima y mercó una jarra de vino. La cantina estaba vacía, pues prácticamente todo el mundo se hallaba en la plaza, así que Barrabás se sentó en una estera, dispuesto a apurar tranquilamente el morapio y a disfrutar de su recién recobrada libertad. Algo más tarde, la comitiva que trasladaba al reo pasó frente a la taberna, camino del lugar donde se alzaban los *stipes*, las vigas verticales, hincadas en el suelo, donde eran colgados los condenados. El llamado Jesús transportaba penosamente sobre sus hombros el oneroso madero, custodiado por unos pocos legionarios y rodeado por las turbas, que no

cesaban de imprecicar y vilipendiar al reo. Sin saber muy bien por qué, Barrabás se sintió atraído por tan extravagante séquito; apuró su vasija de vino y se incorporó al grupo. Al fin y al cabo, pensó, le debía



Queremos a Barrabás (1850). Honore Daumier

algo a aquel hombre que ahora trastabillaba sobre las piedras del camino, minadas sus fuerzas por la flagelación y el escarnio. En cierta medida, había sido beneficiario de la redención que el de Nazareth

¹Sica: cuchillo curvo que portaban los “Sicarios”, fracción más radical de los Zelotes. De ahí provendría el apodo de “Isariote” (ishi-karioth, hombre de la sica).

propugnaba, de la salvación que éste prometía a sus partidarios, y lo menos que podía hacer era acompañarle para ver cómo perecía en su lugar.



Barrabás era un hombre carente de escrúpulos. Había pasado buena parte de su vida perpetrando delitos de toda índole, y no dudaba en utilizar su daga si lo creía necesario, ¿por qué, entonces, sentía aquella mezcla de compasión y asombro ante la tragedia de aquel predicador? A punto estuvo de ofrecerse para aliviar su carga cuando, tras una caída del condenado, el decurión se dirigió a la plebe para recabar de ella un hombre que portara el *patibulum*, ante la posibilidad de que el reo, dado su estado, no llegase con vida hasta el lugar de la ejecución. Un trecho más adelante, una mujer se desprendió de su velo y con él enjugó él rostro ensangrentado de Jesús, siendo abucheada por la enardecida muchedumbre.

Cuando llegaron al montículo donde se iba a efectuar el ajusticiamiento, ya otros dos condenados pendían de sendas cruces, a ambos lados del *stipes* destinado al nazareno. Barrabás reconoció en ellos a dos antiguos compinches, Dimas y Gestas, de los que hacía tiempo que no sabía nada. Poco había faltado para que fuera él mismo el que ocupara el mástil donde ahora mismo estaban izando a aquel hombre al que muchos llamaban “Maestro”, pero, ¿por qué el hecho de haberse librado de tan terrible tortura, lejos de representar un alivio, se convertía de repente en una pesada carga? ¿Qué tenía aquel

Jesús de Nazareth para suscitar tales sentimientos en el alma encallecida de un forajido?

Una vez consumada la ejecución, los curiosos fueron abandonando el lugar, dispersados por la

furiosa tormenta que había estallado momentos antes. Al pie de la cruz, bajo la lluvia, quedó sólo un pequeño grupo de hombres circunspectos y plañideras mujeres. Ante Barrabás pasó el Iscariote, con la mirada perdida. Llevaba una soga en la mano.

-¡Judas! ¡Eh, Judas! -le llamó.

El interpelado no respondió, continuando su camino con paso vacilante, como en una suerte de trance. En su ensimismamiento, ni siquiera se daba cuenta de que estaba dejando caer varias monedas de plata sobre el barro del sendero. El impulso malhechor que de ordinario gobernaba las acciones de Barrabás le instó a que recogiera las piezas argénteas, pero notó como si las monedas le quemaran en la palma de la mano y hubo de soltarlas con aprensión. Volvió la vista hacia el calvario. Los allegados de Jesús estaban ya desenclavando el cadáver a fin de conducirlo a la sepultura, lo cual era otra muestra del respeto y la admiración que aquel hombre excepcional había suscitado en su entorno, ya que lo habitual era que los condenados permanecieran en la cruz hasta que los carroñeros dieran cuenta de sus despojos. A prudente distancia, siguió al cortejo hasta que depositaron el cuerpo en un sepulcro excavado en una roca y cubrieron la entrada con una pesada losa. La tumba era nueva y costosa, lo que también daba prueba de la relevancia del nazareno. Oculto tras una sabina, el excarcelado observó cómo varios soldados romanos se aprestaban a montar guardia en torno a la sepultura, probablemente para ahuyentar a los curiosos y evitar que aquello se convirtiera en un sitio de culto.

Abandonó el lugar. Había cesado de llover y ya la luna de nisán dejaba ver su redondez luminosa por entre residuales nubarrones. Barrabás sintió cómo la blanca luz del astro nocturno le purificaba, le redimía. Una voz interior le iba diciendo: “bendito seas, Barrabás, entre todos los hombres, pues tú has sido el primero en ser salvado por el sacrificio del Hijo de Jehová”.